



**BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES**

**BIBLIOTECA AFRICANA**  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**Céline Clémence Magnéché Ndé**

*¿Verdad que esto ocurrió...?*

*Cuentos orales africanos*

[selección de cuentos]

#### Edición impresa

Céline Clémence Magnéché Ndé, *¿Verdad que esto ocurrió...?*  
*Cuento orales africanos* (2004)

#### En

Céline Clémence Magnéché Ndé (ed.) (2004) *¿Verdad que esto ocurrió...?*  
*Cuento orales africanos*. Madrid: Editorial Páginas de Espuma. (121-124; 133-136; 169-173)

#### Edición digital

Céline Clémence Magnéché Ndé, *¿Verdad que esto ocurrió...?*  
*Cuento orales africanos* (2015) [selección de cuentos]

Blanca Román Aguilar (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Enero de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante



## ***¿Verdad que esto ocurrió...? Cuento orales africanos*** **Céline Clémence Magnéché Ndé**

### **EL DIOS DE LA LLUVIA Y EL ELEFANTE**

— ¿A que esto ocurrió?

— Síííí —contesta el auditorio.

— Escuchad muy bien lo que os voy a contar. Esto ocurrió hace muchísimo tiempo, cuando los dioses, los animales y los hombres aún vivían juntos en un mismo pueblo. Quiero decir el dios de la lluvia, el dios de la tierra, el dios del fuego. Todos. Un día, el elefante le dijo al dios de la lluvia:

— Todo el mundo habla de ti en este pueblo, que si viven es gracias a ti, porque has cubierto la tierra de verde y les das de comer, y de beber. Estoy harto de escuchar el mismo discurso en todas partes. Si arranco toda esa hierba y los árboles y arbustos, ya no quedará nada verde, y así ya nadie me aturdirá los oídos. ¿Qué dices?

El dios de la lluvia replicó:

— Si yo suprimiera la lluvia, tampoco habría nada verde, ni tú tendrías nada de comer. ¿Cómo lo ves?

El elefante escuchó aquello y no le gustó. Furioso porque el dios de la lluvia le contestara así, a golpes de trompa arrancó todos los árboles, los arbustos y toda la hierba verde que había en el pueblo. No dejó nada.

Entonces, el dios de la lluvia, furioso, hizo que dejara de llover y pronto el desierto se instaló y se extendió por todas partes.

El elefante se moría de sed y de hambre. Excavó en los cauces de los ríos para ver si podía encontrar algo, pero no encontraba nada de beber, nada de agua. Adelgazó tanto que estuvo a punto de caerse muerto. Por fin, se dio por vencido e imploró al dios de la lluvia para que dejara caer el agua:

— Por favor, dios de la lluvia, perdóname por haberme portado mal contigo. Reconozco que vivimos gracias a ti. Te pido perdón. Por favor, haz que llueva<sup>1</sup>.

El dios de la lluvia lo escuchó, pero hizo como si estuviera sordo, y no dejó caer la lluvia. El elefante suplicó, suplicó y volvió a suplicar. Pero la lluvia no cayó.

Los días se fueron sucediendo, uno tras otro, cada cual más abrasador que el anterior. Ya al borde de la tumba, el elefante fue a ver al pájaro y le suplicó que intercediera por él ante el dios de la lluvia.

El pájaro se fue, y después de buscar días y noches al dios de la lluvia, lo encontró escondido detrás de una enorme nube y le suplicó que hiciera llover, que el elefante había reconocido su falta y le pedía perdón. Le suplicó tanto que el dios de la lluvia se ablandó y le dijo que haría que lloviera otra vez.

Dicho y hecho. Una enorme lluvia cayó y dejó en el patio de la casa del elefante un enorme charco. El agua que cayó hizo que todo se pusiera verde de nuevo, que crecieran de nuevo las hierbas tiernas y árboles con suculentas hojas. Después de la lluvia, el elefante salió rumbo al bosque para comer hierba. Pero antes de marcharse llamó a la tortuga y le dijo:

— Siéntate aquí y vigíame este agua. ¡Que nadie se le acerque! Si alguien quiere tocarla, dile que es mía.

Dijo eso y se marchó. En cuanto se marchó, acudieron numerosos animales sedientos, pero la tortuga no los dejó beber, y les dijo:

— Este agua es del elefante y me ha encargado que la vigile.

Los animales, al oír aquello, retrocedieron y no tocaron el agua. Poco después llegó el león a por agua. Cuando se acercó al charco, la tortuga le dijo que el agua era del elefante, y que no podía beber. Pero el león no le hizo caso y se puso a beber hasta saciar su sed. A continuación se marchó tranquilamente.

Los demás animales, animados por el ejemplo del león, se acercaron también y se pusieron a beber hasta hartarse.

Cuando el elefante regresó del bosque no quedaba nada de agua en el charco. Muy enfadado, riñó a la tortuga por no haber cumplido con su deber. La tortuga, muerta de miedo, intentó explicarle lo que había pasado:

— Cuando vinieron a por agua les expliqué que el agua era tuya, y que no podían beber. Me escucharon en un principio. Pero cuando vino el león y se lo expliqué, no me hizo caso y se puso a beber. Los demás animales, al verlo beber, se pusieron a beber también hasta hartarse. ¿Qué podía hacer? No me tienen respeto porque soy pequeña y...

El elefante no la dejó continuar. Furioso, levantó su enorme pata y la dejó caer sobre la tortuga para aplastarla, «¡túúúú!»». Por suerte, su caparazón la protegió, pero desde entonces está aplastado por debajo. El dios de la lluvia, que estaba en el cielo en aquel momento, vio todo lo que ocurrió y no le gustó para nada. Y a partir de aquel día no volvió a dejar ningún charco de agua en el patio del elefante. En adelante, éste tuvo que ir al río a por agua como todo el mundo. ¿Veis? El elefante se portó muy mal. No sigáis su ejemplo. No desafiéis nunca a alguien más poderoso y fuerte que vosotros, ni destruyáis lo que podáis necesitar el día siguiente, ni castigéis a un inocente. Nunca seáis orgullosos ni tratéis de quedaros con todo; dejad que los necesitados compartan vuestra suerte. Y el cuento se acabó, ¿no?

— Síííí —contesta el auditorio.

## EL PRECIO DE LA HONESTIDAD

Erase una vez una mujer viuda que vivía con sus siete hijos. No tenían nada, pues cuando se murió su marido los despojaron de todo, dejándolos en la calle. Se habían refugiado en una chabola vacía que estaba en la salida del pueblo, y vivían allí en la pobreza y miseria total. No tenían ni con qué comprar ni siquiera un ñame. A veces, la mujer se iba al bosque para recoger un poco de leña, frutas o raíces, que luego vendía en el pueblo, y con su importe llevaba algo de comida a sus hijos. Pero esto no alcanzaba a calmar su hambre. Su única pertenencia era una azada con la que iba a trabajar de vez en cuando a la finca de un vecino que se había apiadado de ella y que le daba a cambio algunos granos de maíz o ñames.

Un buen día fue a trabajar y se puso a llover. Llovió durante horas y horas, y como la lluvia fue tan fuerte y abundante, los ríos crecieron y lo inundaron todo. Cuando por fin dejó de llover, la mujer, que se había refugiado bajo un árbol, decidió volver a casa. Pero cuando llegó a donde estaba el río, no encontró el puente. Éste había desaparecido bajo la crecida. No sabía qué hacer, y sin embargo tenía que volver a casa para darles de comer a sus hijos. Decidió, pues, cruzar el río.

Temblorosa, y a tientas, buscó el puente; lo sintió con sus pies y dio el primer paso, luego el segundo, y el tercero. El agua le llegaba a la cintura. Cuando llegó a la mitad del puente, resbaló y, para no caer, soltó su azada, que cayó al agua y desapareció. Siguió cruzando el río, y llegó a la otra orilla. Mojada, y temblando, se echó a llorar: “¿Qué va a ser de mí, de nosotros, ahora? ¿Por qué es tan injusta la vida con nosotros? Mi azada, mi única azada, ahora desaparecida. ¿Cómo nos las arreglaremos ahora para comer? ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué no nos llamas ahora, ya que nos vamos a morir pronto”.

Estaba llorando así, sentada a la orilla, la mar de triste, cuando de repente vio las aguas levantarse con un ruido tremendo; cuando se retiraron vio aparecer a una serpiente muy larga que se le acercó y le preguntó:

— Vamos a ver. ¿Por qué lloras, mujer, y no me dejas descansar tranquilamente en mi casa?

Temblando, la mujer le contó lo que le había pasado. La serpiente le dijo:

— No te apures, mujer, que esto lo arreglo yo en un minuto.

Se sumergió en el agua y, poco después, reapareció con una azada nueva, muy bonita, que brillaba como el sol. Se la enseñó a la mujer, preguntando:

— ¿Es ésta tu azada?

La mujer negó con la cabeza. La serpiente volvió a meterse en el agua y, poco después, reapareció con otra azada, aún más bonita que la primera, bordada y llena de cauris. Se la enseñó a la mujer, preguntándole:

— ¿Será ésta, no?

La mujer miró la azada, y le dijo que no, que no era la suya. La serpiente volvió a sumergirse en las aguas, y poco después reapareció con otra azada, vieja, muy vieja, a punto de romperse. Se la enseñó a la mujer, preguntando:

— ¿Y ésta?

Entonces la mujer le dijo que sí, que aquella azada era la suya. Conmovida por tanta honestidad, la serpiente le dijo:

— Mira, ésta es tu azada, pero no te la voy a dar. Te voy a dar otra, la cual te concederá tres gracias: que cuando las cojas para trabajar trabaje por sí sola y labre campos y campos; que cuando labre campos las cosechas sean abundantes, muy abundantes, y que cuando la gente vea esto se ponga muy contenta y te llene de riquezas.

Habiendo dicho esto, volvió a sumergirse en el agua, y poco después reapareció con una azada roja, llena de cauris, muy bonita, y se la dio a la mujer. Ésta la cogió y se la agradeció muchísimo. Estuvo mucho rato admirando la azada, y cuando levantó la cabeza ya había desaparecido la serpiente. Se levantó y se puso en camino, rumbo a su casa.

Al día siguiente, al levantarse, tuvo la sorpresa de ver que había mucha gente en su puerta, y todos querían que fuera a trabajar en sus plantaciones. Se fue a labrar la primera plantación, y tan pronto como la azada tocó el suelo el milagro se produjo. La azada trabajaba sola, labrando y labrando y labrando, con una velocidad tremenda, y haciendo surcos que nunca habían visto en el pueblo. En un abrir y cerrar de ojos la plantación estaba toda labrada. Fue a otra, y así sucesivamente. Ella sola, con su azada mágica, labró los campos de todos los vecinos, quienes la llenaron de dinero y comida. Las cosechas fueron muy buenas, los graneros se llenaron de maíz, cacahuets, habichuelas, ñames, etc., lo que no habían visto nunca. Viendo todo eso, el jefe le ofreció a la mujer una bonita casa en el pueblo, y ella fue a vivir allí con sus hijos, con los vecinos. Éstos no paraban de pedirle que labrara sus plantaciones, y a cambio, le ofrecían todo tipo de regalos. Con todo esto, ya no vivieron en la miseria. Vivieron felices, ricos y largos años. Y el cuento se acabó aquí.

## **CÓMO HIZO LA MUJER MALTRATADA PARA QUE SU MARIDO DEJARA DE PEGARLE**

Había una vez un hombre y su mujer. El hombre era un viñador muy hábil en su oficio. Pero no estaba satisfecho de su vida. ¡Cómo iba a estarlo! Todo el mundo tenía hijos, muchos hijos, hembras y varones, pero él no tenía hijos, ninguno, ni siquiera hembras. No tenía quien lo ayudara, ni quien asegurara su sucesión y perpetuara su nombre, ni quien le diera de comer y cuidara de él cuando fuera mayor, y esto lo disgustaba mucho.

Ya lo había hecho todo para poder tener un hijo, pero en vano. Se enfadaba mucho y culpaba a su mujer de ser la responsable de aquella situación. Decía que la pobrecita era incapaz de darle un hijo. Al principio sólo la insultaba, todo el tiempo, y acabó pegándole y amenazándola con repudiarle. Cada noche, cuando volvía de sus viñas, al cruzar el umbral de la cocina de su esposa, empezaba a insultarla:

— ¡Inútil! ¿Para qué me sirves aquí? ¿Para qué crees que me gasté una fortuna? ¿Para qué vengas a comer aquí y arruinarme? ¡Esto ya es demasiado para mí! ¡O me das el hijo que deseo o te vas de aquí ahora mismo!

Y cuando decía esto cogía todos los utensilios de la mujer y los tiraba fuera, rompía la lámpara de una patada, dejaba la cocina patas arriba. Luego cogía a su mujer y le pegaba sin parar. La pobre chillaba pidiendo socorro a los vecinos, quienes acudían para sacarla de las garras del hombre. Esto ocurría siempre. La mujer lloraba sin cesar y rogaba a los dioses que le dieran al menos un hijo para que su esposo no la matara. Pero no llegaba el niño, y las palizas continuaban. Harta de estar convertida todos los días en tam-tam de su marido, la mujer decidió hacer algo para salvar su vida.

No muy lejos del pueblo vivía un gigante tan alto y fuerte que, cuando caminaba, la tierra temblaba. Nadie sabía nada de él, pues apareció de la noche a la mañana sin que nadie supiera de dónde, y vivía allí sin recibir la visita de nadie. La gente le temía tanto que contaba cosas muy raras acerca de él. Por ejemplo, unos contaban que era un monstruo asesino que andaba buscando a gente para comérsela; otros, que era un fantasma que había sido rechazado por los antepasados y que había vuelto a la tierra para matar a los vivos. Por eso nadie quería acercarse hasta el húmedo y espeso bosque para ver quién era de verdad. Pero la mujer no se creía lo que decían de él, y decidió un día ir a verle y contarle su historia.

— ¿Cómo puede la gente decir cosas tan malas de alguien que no conocen? —se preguntaba ella sin cesar. No hay derecho. Es un gigante, pero no por eso tiene que ser obligatoriamente un malvado o un fantasma. Iré a verlo, a lo mejor me ayuda a realizar mi plan.

Cuando dijo esto, se fue al día siguiente, al despuntar el alba, a ver al gigante. Iba con gran inquietud. Pensaba: «¿Y si me equivocara?».

Caminó largo rato, y a media tarde llegó a donde vivía el gigante. Al llegar a su puerta, tocó y preguntó, temblorosa:

— ¿Puedo entrar?

— Entra —le respondió una voz muy suave. La mujer entró y dijo:

— Oh, señor, perdóname por haberme metido en tu casa sin tu permiso. Es que...

— No pasa nada —la cortó el hombre. Estoy encantado de recibir tu visita. Es la única que recibo desde que estoy aquí. Nadie me quiere en este pueblo, no sé por qué. Pero, en fin... Dime, ¿qué buenos aires te traen por aquí?

Sorprendida por la buena acogida que le daba el gigante, la mujer le contó su historia y su plan. Su marido le pegaba todos los días porque no podía darle un hijo, y había venido a verlo para que le ayudara a darle también una paliza, para que supiera que si no lo hacía ella también era porque lo quería, porque lo amaba, y no quería hacerle daño. El gigante aceptó ayudarle, y ambos acordaron que la noche siguiente él iría a esperar detrás de la casa a que regresara el marido de la mujer, y cuando éste empezase a gritar y a insultarla, ella tumbaría la lámpara y en ese momento el gigante entraría y empezaría a molerlo a golpes. Mientras, la mujer no diría nada, y esperaría a que terminara el gigante para hablar. En esto quedaron. La mujer le dio las gracias, se despidió y regresó a su casa.

A la noche siguiente, cuando el hombre regresó y empezó a insultar a su esposa, ésta hizo como si quisiera escapar y, una vez al lado de la lámpara, la empujó y ésta se apagó. En el mismo momento, y aprovechando la oscuridad, el gigante entró en la cocina, agarró al hombre y empezó a golpearlo concienzudamente, a romperle la cara, la mandíbula, todo el cuerpo, sin prisa, hasta dejarlo casi muerto. Una vez acabada su faena, salió y desapareció como había venido. En ese momento preciso, la mujer, que se había refugiado detrás de su cocina, volvió a entrar, encendió la lámpara y empezó a decir, las trenzas deshechas, el vestido desgarrado, y soplando cual alguien que salía de una carrera:

— Esto es únicamente para darte una lección, ¡imbécil!, para que sepas que si no te pego, es porque no quiero matarte. Ya sabes qué soy capaz de hacer. Porque hoy estoy de buen humor, si no te habría matado, ¡cabrón!

Y, al decir esto, agarró un taburete e hizo ademán de abatirlo en la cabeza del pobre hombre, que yacía en un charco de sangre en el suelo de la cocina. El pobrecito levantó los brazos chillando y suplicando:

— ¡Por favor, por favor, majestad, no me pegues más, no me pegues más! ¡Por el amor de Dios, no me pegues más!

Saboreando su victoria, la mujer, siempre con el taburete en el aire, gritaba:

— ¡Cállate, cobarde! ¿Ves lo que has hecho de mi vestido? ¡Está desgarrado por completo! ¿Me has comprado uno algún día? ¿Eh, te pregunto, cabrón?

— No pasa nada, te compraré otro nuevo, por favor, pero no me pegues más —gritaba, aterrorizado, el hombre.

— ¡Júrame que ya no volverás a tocarme! —le pidió la mujer, furiosa.

— Juro que no te volveré a tocar. Te lo juro, te lo juro —gritó el hombre.

En este momento, la mujer bajó el taburete y le dijo al hombre que saliera de su casa. El asustado y maltrecho hombre salió a duras penas y se arrastró hasta la suya, donde se desplomó en su cama. Aquella noche no pegó el ojo. Al día siguiente estuvo todo el día sin salir. A sus compañeros que habían venido a saber qué le había pasado para que no saliera de su casa, les dijo:

— ¡No quisiera para mi peor enemigo lo que me ha sucedido esta noche a mí! Tan pronto como entré en la cocina de mi esposa, ésta me agarró por la cabeza y los golpes empezaron a llover sobre mí, en



todo mi cuerpo. Era como si tuviera cien brazos duros como tenazas. No sé cómo pude salir con vida. El agua tranquila mata.

A partir de aquel día, el hombre no volvió a molestar a su mujer, y ésta pudo dedicarse tranquilamente a rezar a los dioses para que le diera hijos. Y el cuento se acabó.

---

**Nota de la autora** (viene de la pg. 3)

<sup>1</sup> Entre los bânsoa, se cree firmemente que ciertas personas tienen la virtud o el poder de hacer caer la lluvia o impedirlo. Esos “hacedores de lluvias” suelen ser brujos, pues no todo el mundo puede hacer que llueva. Son personas muy respetadas y temidas en el pueblo. Ejercen un poder e influencia tremenda en el pueblo y éste, para evitar la sequía que se instalaría y causaría calamidades mortales si el hacedor de lluvia estuviera enfadado o no recibiera todo lo exigido, satisface todo sus caprichos. Pero cabe señalar que la sequía no se instalaría sólo si estuviera enfadado el hacedor de lluvias. Se instalaría también si los hombres no respetaran la naturaleza. En efecto, para el bânsoa, ésta tiene doble cara: es fuente de vida pero también potencia de muerte. Como fuente de vida, le da de comer, de beber, todo para cobijarse, curar sus enfermedades. Y como potencia de muerte, puede matar y mata cuando se hiere sus sentimientos porque tiene los mismos sentimientos que el hombre. Cuando se enfada, se desencadena y castiga al hombre que no se ha sometido a ella o no ha respetado sus leyes: el trueno que estalla y mata; la lluvia que cae sin parar e inunda la tierra, o aplasta todo con granizos; el viento que se desata y lo devasta todo; las enfermedades graves y pequeñas; la esterilidad de las mujeres; la sequía – como en este cuento– ... son algunas de las numerosas manifestaciones del furor de la Naturaleza y de la muerte que puede sembrar. En estos casos, urge ablandar su corazón realizando ritos y haciendo sacrificios. Los hombres deben también jurar que nunca volverán a transgredir las leyes a ellos impuestas por ese ser soberano y todopoderoso del que sólo son una ínfima parte. Pero no sólo basta jurar, hay que cumplir, respetar aquellas leyes. Por eso, el bânsoa no labrará cualquier tierra, no cortará ciertos árboles, no comerá ciertos productos de su trabajo si ve algo raro en ellos (por ejemplo, si un plátano lleva dos racimos, no lo comerá, se lo entregará a los dioses). Si puede hacer algo frente a esa naturaleza, es intentar granjearse sus favores con artimañas. Por otra parte, es lo que pasa su tiempo haciendo. Dedicar a ello lo esencial de su tiempo, de su saber y de su energía. De ahí los múltiples sacrificios, ritos (es decir, las palabras y los gestos), los cantos (la música, el baile) que realiza diariamente y con los que se propone alcanzar ese objetivo y al paso intentar liberar las fuerzas vitales de la Naturaleza y acrecentar su propio poder, y poder así ser capaz de hacer caer la lluvia o impedirlo, detener la sequía, multiplicar o aumentar sus cosechas, curar enfermedades, etc. Para más detalles acerca de los hacedores de lluvia y esa búsqueda permanente de fuerza vital y de artimañas para atraerse los favores de la Naturaleza y de sus elementos, véase respectivamente J.G. Frazer (1995): *La Rama Dorada*, FCE. y T. Obenga (1985): *Les Bantu. Langues, peuples, civilisations*, Presence Africaine, Paris.